

se habian cambiado ya los tiempos; que era preciso reconocer y respetar en todos puntos la autoridad y disposiciones del monarca, entregándose á discrecion, ó exponiéndose de otro modo á las consecuencias de su rebeldía.

No les quedó, pues, á los confederados otra alternativa que ceder y rendirse á discrecion ó levantar el estandarte de la guerra. Les pareció esto último un partido preferible, y la bandera de la insurreccion tremoló casi abiertamente en Amsterdam, Tournay y en otros puntos. La insurreccion y las hostilidades hubieran sido mas funestas á la Gobernadora, sin la rivalidad de los luteranos y los calvinistas, que no pudieron amalgamarse y convenirse. Es un hecho que cada una de estas dos sectas aborrecia mas á la otra que á la misma religion católica, que entrambas combatian.

Mientras tanto no estaba ocioso el príncipe de Orange. Todo lo observaba desde Amberes, y de todo llevaba cuenta en conformidad de sus planes ulteriores. Suponiendo que el rey de España iria á desembarcar en la isla de Valkren, hizo que Marninx, conde de Tolosa, se dirigiera á aquellos puntos, poniéndose de acuerdo é inteligencia con los de Fleseinga y Midd-burgo. Para ayudarle el príncipe sin dar sospecha á los magistrados de Amberes, hizo salir de la plaza á los extranjeros con pretexto de ser perjudiciales; y cuando los tuvo fuera de los muros, los hizo embarcar secretamente en el Escalda. Mas la operacion no tuvo efecto. Sabedora la Gobernadora de la expedicion de Marninx, envió á Bruselas en su busca á Felipe de Lannoy, quien le alcanzó, le derrotó y le hizo encerrarse en una casa fuerte. El conde de Tolosa prefirió ser presa de las llamas á entregarse.

Nadie era sabedor en Amberes de este desastre, á excepcion del príncipe de Orange, que se apoderó inmediatamente de las puertas de los puentes. A la mañana siguiente le avistaron desde los muros las reliquias de los fugitivos: á su vista se llenó el pueblo de indignacion y de lástima, mas al tratar de salir en su auxilio, se vieron

encerrados dentro de la plaza. Se marcharon en seguida á los puentes, donde los previno el príncipe de Orange. En vano les advirtió del peligro que iban á correr, pues detrás de los fugitivos se descubria el enemigo en fuerzas respetables. Pero la impaciencia de los habitantes pudo entonces mas que sus consejos. Al fin, no pudiendo contenerlos, entregó la llave á uno de los predicadores de entre ellos, que ejercia mas ascendiente, diciéndole que sobre su cabeza caeria la responsabilidad de cuantos males podian seguirse de su salida al campo. Con estas palabras firmes se aquietaron, y el predicador no se atrevió á hacer uso de la llave entregada por el príncipe.

Dos dias duró la confusion en Amberes, no entendiéndose apenas unos á otros, fluctuando todos entre el temor de los de afuera, y sus rivales ó enemigos de dentro: se mostraban los luteranos desconfiados de los calvinistas, y al contrario. El príncipe de Orange se hizo una guardia de estos últimos, que siendo extranjeros por la mayor parte, tenian mas circunspeccion y necesitaban vivir con dobles precauciones.

Seguia mientras tanto el sitio de Valenciennes, cuyo general habia recibido orden para no estrecharlo mucho, dando tiempo para que llegasen socorros prometidos por el rey de España. Mas aprovechándose los de adentro de esta flojedad, hacian hasta salidas, hostilizándole con cuantos medios estaban á su alcance. Pudo al fin Noircarmes conseguir de la Gobernadora que le dejase apretar el sitio todo lo posible; mas antes de proceder al último ataque volvió á intimar la rendicion, que aceptada por los magistrados, fué desechada por los calvinistas y sus predicantes.

Al fin, se dió el ataque decisivo: por treinta y seis horas se estuvo cañoneando á la plaza, y durante este tiempo se echaron sobre ella tres mil bombas. Abierta ya una gran brecha y prontos á dar el asalto, quisieron capitular los de dentro ó atenerse á las anteriores condiciones; mas el general sitiador respondió que ya era tarde y que no

tenian mas remedio que entregarse á discrecion, lo que en efecto hicieron. Fueron ahorcados el gobernador de la plaza, el predicador Lagrange y otros compañeros, con treinta y seis mas de los principales de la muchedumbre.

Fué un gran golpe la rendicion de Valenciennes para el partido de los insurgentes. A la toma de esta plaza se siguió la de Mestric, que se rindió sin condiciones. Lo mismo sucedió á casi todas las plazas fuertes, á excepcion de las de Holanda.

Hemos visto á la Gobernadora adoptar un lenguaje fuerte y decisivo, no acostumbrado anteriormente cuando tenia que contemporizar con los partidos. Apenas sabia entonces cuál de ellos era su apoyo, ó cuál contrario. Mas en el estado á que entonces se hallaban los negocios, vencedora de la confederacion, de los predicadores, de los allanadores de los templos, y de los que se mostraban contrarios ó no completamente adictos á la autoridad del rey, pensó trazar una linea divisoria que distinguiese las dos parcialidades; y con este fin mandó extender una fórmula de juramento de obedecer en un todo las disposiciones del monarca, de proteger la religion católica, de perseguir á los hereges, y estirpar todos los monumentos de su nuevo culto. Le prestaron el duque de Harescot, los condes de Egmont, de Mansfeld, de Meguen, de Barlamont. Le eludieron los de Hoosgraten y Horn, y dejaron á Bruselas, hicieron renuncia ó dimision de sus cargos respectivos.

En cuanto al príncipe de Orange, tenia por entonces otras miras; veía la tempestad que iba á descargar sobre el pais con la llegada del rey de España y de su ejército. Conocia la carencia de medios para contrarestar este poder, hallándose el poco ejército que habia en el pais á la devocion del conde de Egmont, partidario ya declarado del monarca. Convencido de esto, penetrado ademas del riesgo que corria su persona, blanco de la suspicacia y mala voluntad de la corte de Felipe, determinó ponerse en salvo y retirarse del pais, esperando tiempos mas

felices y mas á propósito para llevar adelante sus designios. A la prestacion del juramento que le pidió la Gobernadora, se negó alegando que como estaba reducido á una condicion privada, era su persona de ningun valor, y sobre todo que el juramento podia ponerle en pugna con el emperador, de quien era vasallo como príncipe del imperio, y hasta malquistarle con su propia mujer, nacida y educada en el luteranismo. A los cargos y explicaciones que quiso darle el secretario, se mantuvo inflexible. En seguida escribió á la Regente anunciándole su determinacion de pasar á sus estados de Alemania, protestando siempre sus sentimientos de adhesion á la persona de Felipe.

Antes de su salida de los Países-Bajos, tuvo una conferencia con el conde de Egmont, consintiendo en ello la princesa Gobernadora. Reprobaron ambos la determinacion que mutuamente habían tomado. Quiso el príncipe llevar consigo á Egmont: manifestó éste al otro la imprudencia de su viaje. «Te costará tus bienes y posesiones en los Países-Bajos,» le dijo. «Y á tí la vida,» contestó el primero. «¿Qué tengo que temer?» repuso Egmont. «No he servido fielmente al rey? ¿No me ha visto siempre en pugna con sus enemigos? ¿No he sido celoso en combatir á los autores de desórdenes, á los predicadores anarquistas, á los allanadores de los templos? ¿Por qué tengo de dudar del reconocimiento de mi Rey?» «No conoces bien su corte» le replicó el príncipe de Orange. «Le servirá tu persona de puente para la entrada de sus tropas. Conseguida esta, echará abajo el puente, y ténlo por seguro.» Así se separaron los dos amigos para siempre, y el príncipe se marchó á Alemania. Se quedó con su ausencia el conde de Egmont el primer personaje del pais, y como era hombre sin doblez, amigo de brillar, arrastrado por las pompas y la magnificencia, se entregó todo á los encantos de su nueva posicion, celebrando fiestas y banquetes, en que no dejaba de tomar á veces parte la Gobernadora, para entre-

tener mas su seguridad y hacer que continuase en su celo por los intereses de Felipe.

Los vínculos de la confederacion quedaron totalmente rotos. Abandonadas desde un principio por los nobles, se sometieron las clases populares al dominio del mas fuerte. Lo mismo hicieron los pueblos de Holanda de allí á muy poco tiempo. Siguió el ejemplo Amberes, donde entró la Gobernadora en triunfo, rodeada de esplendor y pompa. Fué su primer paso presentarse en la catedral, donde habian hecho tantos destrozos los allanadores de los templos. Se resarcíó el culto católico de todas las pérdidas y volvió á su esplendor acostumbrado. Se persiguió á los predicadores; se arrasaron los templos de los calvinistas; se revocaron todas las disposiciones que se habian dado favorables á esta secta, se reforzaron los edictos que habian dado lugar á tantas turbulencias.

Se habia, sin embargo, usado en Amberes y en otras partes del pais la indulgencia de permitir la salida á los que no quisiesen conformarse con aquella situacion, dándoles un mes de término para arreglar sus negocios y deshacerse de sus bienes. Con esto pasaron escenas de gran luto y duelo entre personas unidas por los vínculos de la sangre ó los de la amistad, reducidas á separarse acaso para siempre.

Quedó, pues, el pais pacificado y reducido á la obediencia, á lo menos aparentemente. Tal habia sido la buena estrella de la Gobernadora. Gozosa de su triunfo, y de la ocasion de comunicar por primera vez nuevas á su hermano, todas alegres y satisfactorias, se apresuró á darle cuenta de las ocurrencias. Le dijo, que hallándose el pais pacificado, era inútil ya la venida de un ejército; que las tropas que habian conseguido estas ventajas bastaban para confirmarlas y consolidarlas; que se presentase el rey como un padre en medio de sus súbditos, no como un príncipe extranjero que se proponia con sus tropas imprimir terror y hacer alarde de su preponderancia.

Mas el rey de España, en medio de lo satisfecho que le dejaron las nuevas de los Países-Bajos, no fué de la misma opinion que la Gobernadora sobre lo innecesario de la ida del ejército. En el Consejo, á quien sometió este punto interesante, hubo, lo mismo que en el anterior, diversidad de pareceres. Volvieron á insistir los enemigos de la parcialidad del duque de Alba en que se presentase el rey en aquellos dominios sin ejército; mas los de Granvela apoyaron la resolucion contraria. Habló el duque de Alba, manifestando que la pacificacion de que gozaban por entonces los Países-Bajos seria efimera mientras no estuviese apoyada en fuerzas imponentes que inspirasen un terror saludable, y contuviese á todos en la raya del deber y la obediencia. Que no se trataba precisamente de asuntos de estado; que iban en ello los intereses de la misma religion, que se habia visto tan amenazada; que habian sido demasiado escandalosos los excesos de sus enemigos y los atentados contra el culto, para que se descuidasen los medios de evitar en adelante estos excesos. Que si las tropas que se hallaban entonces en los Países-Bajos parecian suficientes para consolidar aquella situacion, la llegada de otras nuevas daria doble seguridad y dejaria el ánimo del monarca mucho mas tranquilo.

Hizo el discurso del duque de Alba la impresion que debia suponerse, conociendo los sentimientos del rey, tan propenso á los rigores, tratándose sobre todo de enemigos de la religion católica. Sintiéndose por otra parte con mas repugnancia que nunca para hacer un viaje que trastornaba el plan y método de su vida ordinaria, y especialmente á un pais que no era objeto de su simpatia, adoptó la determinacion del Consejo, conforme en su mayoría con la opinion del duque de Alba, y dió las órdenes para que éste marchase con tropas á los Países-Bajos.